



Las relaciones entre España y los Estados Unidos continúan siendo muy afectuosas.



La camisa de la Lola Silvela se la llevó, Silvela se la llevó...

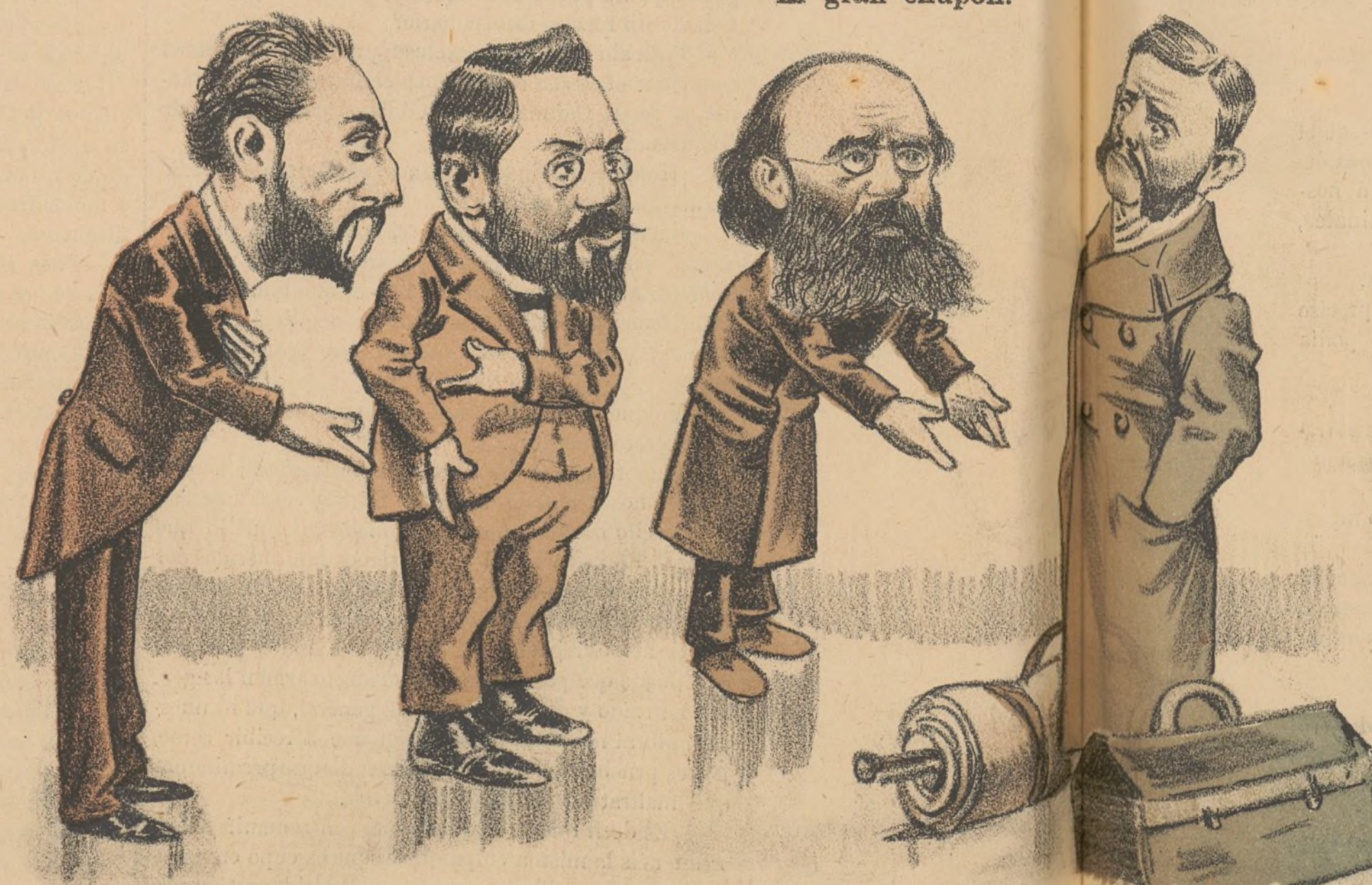
DON QUIJOTE



Nuestros barcos.



El gran chupón.



—Mi general, acepte usted mi brazo.
—Venga usted en mi compañía.
—Yo le serviré á usted de guía.



La cucaña.

La situación del Tesoro.



Caballeros, ¡no hay un céntimo!



El discurso de Romero

en los pocos Arsenales que tenemos; 6.000, amén del personal de Marina que les está afecto.

Sacrificios más estériles no son posibles. ¿Qué no podrán decir los contribuyentes? Habrán de ver al mismo tiempo cuán injustificadamente braveamos creyendonos capaces de conquistar el mundo. ¿Qué no hemos dicho contra el poder de los Estados Unidos? En cotejo con la suya, nuestra Armada era tan poderosa como la que llevó a Inglaterra Felipe II.

Impresionado el Gobierno por la Memoria del Ministro de Marina, no ha querido proceder desde luego a la fabricación de nuevas embarcaciones. No cuenta sino con el referido millón de pesetas, y otros dos y medio que han sobrado de los que se destinó en Puerto Rico a la construcción de un barco; y ha debido reconocerse sin fuerzas. Ni del crédito de 80 millones con cargo al impuesto de navegación ha podido echar mano. De los 80 van ya consumidos 74 por sus antecedentes.

Para emprender nuevas construcciones ha de esperar el Gobierno a que las Cortes le abran créditos, y mucho habrá de esperar, cuando, según se dice, a causa del nuevo régimen que va a establecerse en Cuba no podrá disolver las actuales Cortes ni convocar otras hasta el mes de Febrero.

Para nosotros, la verdad sea dicha, no urge construir nuevos buques. Guerras exteriores no hemos de ser tan insensatos que las provoquemos ni las ocasionemos; y para las coloniales, hartos nos enseñan continuos desembarques de gentes, municiones y armas en Cuba, que los buques de nada nos sirven.

Si con los millones del presupuesto ordinario y el extraordinario no hemos podido hacer ni una modesta escuadra, ¿qué no deberíamos gastar si quisiéramos tener una que compitiera con las de las demás naciones de Europa? Y si no la hemos de conseguir tal que nos permita medirnos con las principales potencias, ¿no ha de ser verdadera locura imponer a la nación nuevos sacrificios? Pensemos, no en buques, sino en escuelas y obras públicas.

POSITIVISMO

Es una casa de comercio el globo, sin otro principal que don Dinero y sin más mostrador que el mundo entero donde gana el avar y pierde el bobo. Pueden ser dependientes de este adobo la primera señora ó caballero que reuna en consorcio verdadero, con pelo de ratón, trampas de lobo. La vejez es la caja de los años, el sepulcro un avaro prestamista y la infancia una fábrica de paños. La mujer es un fardo de batista, el hombre un almacén de desengaños y el amor cuatro letras... a la vista.

MARCOS ZAPATA.

MENUDENCIAS

Un sabio inglés ha descubierto ahora no sé qué singular procedimiento para que un negro se convierta en blanco, y no «en blanco de tiro», por supuesto. En España la gente que gobierna y la gente que aspira a ser gobierno, ya sabían hacer lo que aquel sabio, y lo hacen siempre, aunque «en sentido inverso». En negros a los blancos nos convierten, ó como negros tratamos al menos, y si aquel sabe hacer lo negro blanco, éstos saben hacer lo blanco negro.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

¿QUÉ OPINA USTED DEL GENERAL WEYLER?

Nuestro activo y conocido reporter Sancho Panza (no confundirlo con *Batita*), ha solicitado la opinión de varios personajes a propósito del general Weyler.

He aquí las respuestas recogidas por nuestro compañero:

—¡Hombre, le diré a usted! Yo tengo formado muy buen concepto de Weyler (y por eso le he relevado). La gente ha dado en decir que el general está disgustado con el Gobierno. Pero yo no puedo creer semejante paparrucha. ¡Disgustado! ¿Y por qué? ¿Hemos podido hacer por él más de lo que hemos hecho?—*Sagasta*.

—No me hable usted de ese hombre, porque se me crisan los nervios. ¡Mecachis en Fabié, haber dado conocimiento al público del estado en que dejó yo la isla! ¡Eso no se lo perdono, aunque me lo pidan Azcárragas descalzos!—*Martínez Campos*.

—Pa mí que ese gachó se las trae. Y por eso hay que jalearlo y decirle en cuanto se presente ocasión: ¡Olé tres veces tu madre! Porque general más jacarandoso

que él no lo hay en el mundo. ¡Vaya un hombre con sentido y con vista!—*Romero Robledo*.

—Yo seleccionaba del generalato a ese hombre... aunque no sea sino considerando que fué amigo de Cánovas.—*Silvela*.

—¡Ah! Reconozcamos la supremacía de la fuerza, reconozcamos el poder de las armas, reconozcamos la influencia del sable, reconozcamos el valor del uniforme, reconozcamos la potencia de los... galones.—*Castelar*.

—No, no me hable usted de Weyler. Creo más en la fuerza de la política que en la fuerza de las armas. ¡Ah, la autonomía! ¡Oh, la autonomía.—*Moret*.

—Yo estoy como el alma de Garibay, si subo, si bajo. Ora dedico mis dulces pensamientos a Silvela, ora a Romero, ora a Martínez Campos, ora a Weyler. Y por eso me atengo al conocido refrán: «Al buen callar llaman Elduayen.»—*El marqués del Pazo*.

—Lo que es a mí no me *chinchá* ese hombre. ¡Porque ya verán ustedes la contramanifestación que le preparo.—*Capdepón*.

Y no va más, señores!

QUISICOSAS

—Están los tiempos muy malos, según dicen los papeles, y huelu...

—¿Qué es lo que hueles? —Pues huelu... que va a haber palus. Y de eso me alegraré, si nun me lus dan a mí. —¿Por qué va a haber palos, di? —Eso es lo que yo nun sé. Si adquiri alguna noticia vengu a darla.

—Bien harás.

—Y si hay palus...

—¿Qué dirás?

—¡Santiago y viva... Galicia!

**

—Ayer fui pollo y hoy me hallo hecho un gallo, mas no callo.

—Eres gallo vocinglero.

—Por eso me *alzo* y no quiero que nadie levante el gallo.

—Tienes malas intenciones, y aunque alzar el gallo anhelas, no podrás...

—¿Por qué razones?

—Por no tener espolones.

—Pero cuento con espuelas.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

¡Gran escándalo!

El *Heraldo* ha tenido a bien comunicarnos que las joyas con que Granada obsequió a Zorrilla en las fiestas de su coronación, se hallan empeñadas en una casa de préstamos.

Cavia dice en *El Imparcial* que esas joyas son de la nación, y que a ella toca rescatarla para que figuren en la Biblioteca Nacional ó en el Museo Arqueológico. Conformes.

¡Y esperemos a ver si tienen un *rasgo* los «altos poderes!»

El *Correo* hace saber al respetable público que en las «altas regiones»—¡vamos, en la casa del señor marqués de Marianao, domicilio actual del Sr. Sagasta!—no hay preocupación alguna con motivo del regreso del general Weyler.

Más vale así.

Pero entonces, ¿por qué piensa ofrecerle D. Práxedes al general la capitania de Filipinas?

Según la prensa oficiosa, Mr. Woodford se muestra muy complacido por las disposiciones adoptadas últimamente en Cuba.

De modo que estamos de enhorabuena.

Porque hemos quedado en que nuestra misión en la isla se reduce a tener contento a los Estados Unidos.

—¿Sin destino te han dejado?

—Me han dejado sin destino.

—¿A tí, tan buen empleado?

—Soy un empleado honrado,

pero no soy sagastino.

—¿Qué eres, pues, vamos a ver?

—Lo que soy, bien se adivina:

un cándido y pobre sér

que va siempre a la oficina

a cumplir con su deber.

Yo fui siempre a trabajar, porque el trabajo bendigo;

y otros van sólo a firmar la nómina, y a cobrar lo que no han ganado, amigo.

—Te faltó en esta ocasión recomendación, tal vez.

—¡Esto causa indignación!

¿Qué más recomendación que mi probada honradez?

Por cumplir me sacrifico; nadie como yo se porta, y honrado...

—Cierra ese pico.

¡Padrinos te dé Dios, chico, que la honradez poco importa!

Según telegramas de Barcelona, recibidos por el ministro de la Gobernación, las autoridades de aquella capital han apresado, a bordo de un buque, procedente del puerto de Cette, varias cajas, conteniendo 3.300 fusiles.

¡Cielos! ¿Y a quién irían destinadas esas cajas? ¡Como no fueran a Romero Robledo!

Telegrama de Blanco:

«El día 7 firmé amplios indultos.»

Si, y ya se han conocido los resultados.

Los discursos de los filibusteros en París.

Y la vuelta a la manigua de Sanguily.

Digamos con el cantar:

La Habana se va a perder, la culpa la tienes tú...

Se ha inaugurado en la calle de Silva el nuevo Círculo carlista.

Suponemos que se jugará allí a los prohibidos.

Porque esa gente es muy aficionada al monte.

A la puerta del Gobierno no te acerques a llamar, que no ha quedado hace días ni una sola credencial.

Libros:

Se han publicado los folletos 22 al 27 de *Los crímenes del carlismo*, cuya lectura volvemos a recomendar a nuestros lectores.

Precio de cada folleto. 15 céntimos.

Wagner. Estudio interesantísimo del gran compositor por le Comte de Chambrán.

Precio, 5 francos.

Salvador Rueda, el notabilísimo poeta andaluz, ha publicado con el título de *El César* un hermosísimo poema, escrito en brillantes versos.

La nueva obra del Sr. Rueda se halla de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

El triunfo de la inocencia.

El juez de instrucción.—¿Persiste usted en decir que es inocente?

El detenido.—Lo juro.

Juez.—¿No tiene usted otras pruebas?

Detenido.—¿Cuáles son las del juez?

Juez.—¡Ah! No invitamos los términos. Desde el momento en que ha sido detenido, a usted le toca demostrar que es inocente. Si nos fuera preciso a nosotros cerciorarnos de la culpabilidad de los criminales, nos faltaría tiempo aun para prenderlos.

Detenido.—Yo ni siquiera conocía a la víctima.

Juez.—Sin embargo, ha sido asesinada, y es preciso que alguien haya sido el criminal. ¿Por qué no podía usted serlo?

Detenido.—Toda una vida de honradez...

Juez.—Sí; pero eso no impide un momento de extravío, y está demostrado por los forenses que ha bastado un minuto para estrangularla.

Detenido.—La justicia va a cometer conmigo un espantoso error judicial.

Juez.—Es posible; pero un día u otro será reconocido. Lo que hay de admirable en los errores de la justicia, bella hasta en sus extravíos, es que se acaba siempre por percibirlos y corregirlos.

Detenido.—¿Y si me quitan la vida?

Juez.—Yo trataré de evitarle esa incomodidad; pero en todo caso, si después se descubriese al autor, se rehabilitaría su memoria.

Detenido.—Gracias, pero...

Juez.—Por otra parte, creo que sólo sufrirá usted una docena de años de cadena, lo que nos dará tiempo para descubrir al verdadero culpable. Si lo encuentro, yo mismo le informaré. Siéntese usted.